

volución. La religión no estaba muerta, como la creían los que veían á los *sacerdotes renunciar al sacerdocio* y á los fieles celebrar el culto de la razón. El mismo Camilo Desmoulins hace constar, en su *Vieux Cordelier*, el poder que conservaban creencias que estaban tan lejos de profesar. Se in quieta, dice, de no apercibirse bastante de los progresos de la razón á su alrededor: "Necesita el espíritu humano enfermo, para mecerlo, el lecho lleno de sueños de la superstición; y al ver las procesiones, las fiestas que se instituyen, me parece que no se hace más que cambiar de cama al enfermo, solamente que se le quita la almohada de la esperanza de otra vida. ¿Cómo ha podido ignorar el sabio Clootz que es preciso que la razón y la filosofía sean más comunes aun, más populares que no lo son en los departamentos, para que los desgraciados, los viejos, las mujeres puedan renunciar á sus antiguos altares y á la esperanza que á ellos les une? ¿Cómo puede ignorar que la política tiene necesidad de este móvil, que si á Trajano le costó tanto trabajo subyugar á los Dacios, fué porque á la intrepidez de los bárbaros unian una persuasión más íntima de la existencia del palacio de Odin, en donde recibirían en la mesa el precio de su valor? ¿Cómo puede ignorar que la libertad misma no podría pasar sin esta idea de un Dios remunerador, y que, en las Termópilas, el célebre Leónidas exhortaba á sus trescientos Espartanos, prometiéndoles el vino tinto, la ensalada y el queso en casa de Plutón?"

¿No se diría que hay en el fondo de esta ironía un sentimiento y como una última esperanza de otra vida? ¿Los honores del 93, el cadalso siempre levantado, ese incesante espectáculo de la muerte, no debía despertar creencias que no estaban completamente extinguidas, aun entre los incrédulos de profesión? Es cierto que hubo una reacción en favor de las ideas religiosas. Se ve por un *Catecismo de la Naturaleza* publicado en París, el año II de la República, por Platón Blanchard, *ciudadano de la sección de la Reunión*. El autor no tiene notoriedad ni talento; sin embargo, expresa los sentimientos generales. El título sólo es significativo: después de las palabras *Catecismo de la Naturaleza* se encuentran estas: *ó Religión y moral naturales*. En su *Catecismo del ciudadano*, Volney no pronunció el nombre de religión; Dios no figura en él más que como legislador; nada indica

que el autor haya creído en una vida futura. Para Blanchard, la *ley natural* se convierte en una *religión*. Este es un inmenso progreso, cualesquiera que sean, por lo demás, las creencias del ciudadano de París. Vamos á oírle. Ha asistido á las orgías del 93. ¿Qué impresión ha conservado de ellas? En apariencia, había bastado un instante para transformar los adoradores del Cristo en adoradores de la razón. Algunos observadores superficiales se dejaron engañar por ella. El ciudadano Blanchard ama también á la razón, pero es de opinión que en lo que corresponde á la religión no se pasa en veinticuatro horas de la superstición á una creencia racional. Quiere que se edifique á medida que se destruye, es decir, que se inculque la verdad en el espíritu de los hombres á medida que se vaya extirpando el error. Blanchard no es muy entusiasta de las fiestas de la diosa Razón; no se ve cuál es el bien que han hecho á la razón. Ciertamente no han ilustrado al pueblo. En su humilde juicio, en vez de pasear una hermosa mujer por las calles, hubiera valido más hacer un discurso moral, simple y lleno de sentimientos.

Esto es el juicio recto del hombre del pueblo, pero en él se revela también una necesidad religiosa. Dejemos á un lado la moral de Platón Blanchard, no tiene nada de notable, y tratemos de recoger los rayos de religión que hay en ella. Acabamos de decir que el Dios de Volney es simplemente legislador; el Dios de Blanchard es además la esencia de la justicia: "Debe á la inocencia oprimida el castigo del crimen opresor." No basta la moral, dice nuestro autor, es preciso que tenga una sanción. Esto es más que una sanción, porque si Dios no interviniese más que para castigar, le malvado únicamente debería tener un Dios. No, la virtud ante todo tiene necesidad de la divinidad; no viene á ser realmente virtud sino inspirándose de Dios. "Sin el sentimiento de la divinidad, no es virtud." La diferencia entre el *Catecismo del ciudadano* y el *Catecismo del año II* es capital. Volney construye una moral, sin ninguna idea religiosa, excepto la noción de un Dios legislador. Una moral puramente filosófica es posible, pero no podrá nunca servir para fundar una religión. Mutila al hombre; de un ser creado para una existencia infinita hace un ser finito y lo limita á esta tierra. Blanchard está más en lo cierto cuando dice que la religión y la moral deben unirse. "Cuando la religión

falta, la moral no es más que una ilusión; y cuando la moral se corrompe, la religión se extingue."

Lo que principalmente necesita el hombre es la convicción de un lazo íntimo que le una á Dios; esta creencia faltaba á los filósofos del siglo XVIII, á aquellos mismos que continuaron siendo religiosos, tales como Rousseau. Este era un sentimiento vago, porque carecía de base. Desde el momento en que los hombres sintieron la necesidad de una religión, volvieron sus miradas hacia Dios, y comprendieron que de Él venía, no solamente la ley natural, sino también la inspiración que nos inclina á observarla. ¿Nos engañamos? Nos parece que en el oscuro escritor del año II hay un germen de esta fe, que es la única que puede fundar una religión. "Las leyes humanas, dice, tienen su origen en la divinidad; es preciso atraer continuamente los hombres á Dios, á fin de que tengan un motivo más poderoso de respetarla." Blanchard está tan penetrado de la idea de un Dios, que se identifica con nuestra existencia, que no comprende el ateísmo; dice que el ateísmo es un monstruo tan separado de la naturaleza, que para él es tan incomprendible como la nada, y está muy persuadido que no ha habido nunca ateos.

Cuando se admite la necesidad de una religión, nace la cuestión de saber si es preciso un culto. El siglo XVIII era hostil á todo culto, y perseguía á los sacerdotes con un odio inextinguible. Platón Blanchard no quiere oír hablar ni de iglesia ni de sacerdocio. "Templo, de ningún modo, exclama; es la mansión de la superstición y de la impostura. La naturaleza servirá de templo." Sin embargo, reconoce la necesidad de un culto, á lo menos para el pueblo, que une más á los hombres entre sí. Si es necesario un culto, ¿es necesario también que haya ministros para celebrarle? No. Los magistrados harán las veces de sacerdotes, ó los ciudadanos que sean autorizados para hacer exhortaciones morales. Debe haber, pues, una instrucción religiosa, pero se limitará á esta enseñanza: "Hay un Dios que ama al justo y castiga al malvado." El autor quiere también que haya fiestas; tendrán por objeto *Dios* y la *patria*, é inspirarán al pueblo un amor más grande á Dios y á los hombres. También las presidirá el magistrado. En este punto el orador se aproxima á las ideas que dominaban en tiempo de la República. Las volveremos á encontrar en Robespierre y en la religión decadenaria.

N.º 3.—Bonneville.

Faltaba algo á las teorías de la religión natural: algunas creencias positivas respecto al destino del hombre. Se estaba aún muy cerca de la filosofía del siglo XVIII para pensar en ellas. Los librepensadores habían hecho una guerra á muerte á todo lo que se llama dogma, porque, á sus ojos, el dogma se confundía con la revelación; ahora bien: en el 93, como antes del 89, la revelación era siempre calificada de *impostura*. Esta es la expresión de Platón Blanchard; veía en ella el origen de todas las extravagancias y de todas las supersticiones. No reflexionaba que él mismo proponía artículos de fe. Los reducía á tres. "Hay un Ser Supremo. El Ser Supremo es omnipotente, bueno y justo. El alma es inmortal." Es evidente que si hay tres dogmas puede haber mayor número. Es también evidente que falta un artículo esencial á esta teología. Lo que interesa principalmente al hombre es su destino. Nos atrevemos á afirmar que si está apegado á la idea de Dios, es porque halla en ella una respuesta cualquiera al problema que le atormenta desde que empezó á pensar, y que no cesará de atormentarle hasta que haya encontrado una solución que dé satisfacción á su razón y á su corazón. La filosofía, mejor dicho, la conciencia progresiva de la humanidad, le ha enseñado que no hay infierno y que el cielo es tan quimérico como el reino de Satanás. Estamos conformes. Pero queda un vacío; la vaga creencia de que el alma es inmortal no es bastante. El hombre quiere saber de dónde viene y adónde va. Es preciso una respuesta á estas cuestiones, porque de ahí depende la concepción de la vida presente. Como la idea de la vida futura de los cristianos es falsa, su concepción de este mundo lo es también. Hay que reemplazar el error con la verdad. Los filósofos responden que nosotros la ignoramos y que no la sabremos nunca. Es cierto; esta creencia no se demuestra matemáticamente. Pero ¿no sucede lo mismo con todas las creencias? ¿De dónde sacan los filósofos la convicción que hay un Dios; de que el alma es inmortal? Hé ahí también verdades cuya demostración rigurosa es imposible. ¿Por qué, pues, las admiten? Porque la conciencia general las proclama como artículos de fe. Y bien, la conciencia general se ha formado también siempre y en todas partes

una idea cualquiera, pero positiva, respecto á la vida futura y al lazo que une la existencia actual á la que nos espera. Consultadla, ella os responderá. Añadamos que son necesarios de toda necesidad dogmas formulados en artículos de fe. Son necesarios para que pueda haber una educación religiosa. Y si no hay educación religiosa, ¿cómo ha de haber una religión, un culto, una vida religiosa? ¡Hay que tener cuidado con esto! Precisamente porque los catecismos de religión natural no daban respuesta á esta pregunta es por lo que los ha abandonado la humanidad para volver al catecismo católico.

En 1792, un escritor casi tan desconocido como Blanchard publicó en París una obra titulada *del Espíritu de las religiones*. Lo que preocupa principalmente á Bonneville es la gran cuestión del destino del hombre, y declara francamente que "todo lo que no tiene por objeto *comprender la vida* le es indiferente.". Plantea este eterno problema, y el modo como lo plantea indica ya la solución que le dará: "Soy porque he sido, seré porque soy. ¿Cuál será mi parte en la tierra, cuando el yo, que no puede morir, toma una piel nueva?", (1). Esta es la idea de una *vida continua, infinita*, destinada á reemplazar la creencia cristiana del cielo y del infierno.

¡Cosa notable! La idea de una vida continua es la primera solución que el espíritu humano ha dado al formidable problema que será siempre el objeto de sus preocupaciones. Pero la forma que tomó esta creencia era falsa, era la de una transmigración de las almas á través de todos los objetos animados ó inanimados del mundo físico. Así formulada, la doctrina de la inmortalidad no responde á las aspiraciones del hombre. Su individualidad mismo no es respetada, pues que puede cesar de pensar y de sentir. Además, esta doctrina no enseña á los hombres cuál es el término final de sus sufrimientos y de sus trabajos. ¿Es este un círculo fatal de los mismos errores y de las mismas expiaciones, como entre los budistas? A los antiguos les faltaba un elemento para concebir el destino humano, la noción del progreso. Únicamente cuando la vida infinita es una existencia progresiva satisface nuestro deseo de inmortalidad.

Bonneville transforma la creencia de los antiguos; dice que sin razón la han llamado *transmi-*

(1) BONNEVILLE, *del Espíritu de las religiones*, p. 8.

gración, que es más bien un *desenvolvimiento* de los seres organizados hacia una *vida mejor*: "Si la especie humana se perfecciona en la tierra, debo marchar con ella, y yo volveré, después de cada hora de trabajo y algunas horas de sueño, á volver á empezar con ella un nuevo trabajo y *marcha hacia la perfección*.". Bonneville cree, pues, que el hombre renace en esta tierra. Sin embargo, no afirma nada de una manera absoluta; añade: "Mi espíritu, germen eterno, puede adquirir tal actividad, que se lance á otra esfera en donde encontrará cómo organizarse mejor," (1). Aplaudimos esta reserva y esta mesura. Cuando se quieren precisar demasiado los detalles de la vida futura, se cae en la ficción, en el dominio de la poesía. Es preciso dejar esos accidentes á la fe individual; cada cual se creará un cielo á su gusto. No hay en esto gran mal; con tal que todos tengan una convicción firme de la persistencia de su individualidad. Sobre este punto tendríamos que dirigir algunas críticas á Bonneville, si pudiéramos detenernos en discutir su doctrina. Tiende á absorber la individualidad en el gran ser. Es una tendencia funesta, porque vicia la creencia de la inmoralidad en su esencia, y hasta la destruye. Si la vida es continua y progresiva, debe ser individual. El hombre no encuentra su satisfacción más que en una existencia individual.

Les gusta á los católicos, que tienen el privilegio de poseer la verdad absoluta, burlarse del dogma de una vida continua, infinita y progresiva. Según ellos, es una mala reminiscencia de Pitágoras; este es un error del panteísmo, que á dos ó tres filósofos de nuestro tiempo les ha parecido bien reanimar. Contestaremos en otro lugar á las objeciones serias que se han hecho contra esta concepción de la vida. Por el momento nos limitamos á hacer notar cómo nacen los dogmas en la conciencia general. Todas las antiguas religiones tienen pretensiones á un origen divino, á una revelación milagrosa de la verdad. Hay una revelación más cierta, que se hace, bajo la inspiración de Dios, en el seno de la humanidad. El dogma de una vida continua nos ofrece de ello más de un testimonio. En la segunda mitad del siglo XVIII, esta creencia se halla en escritores, unos hombres de genio, otros oscuros y desconocidos, y se encuentra en

(1) BONNEVILLE, *del Espíritu de las religiones*, p. 61, 62.

diferentes países, sin que se pueda coger ningún lazo de filiación entre los que la enseñan. El único vínculo que los une es Dios, que inspira á los hombres y los guía; así obra esta revelación permanente que prepara sin cesar nuevos destinos á la humanidad. Dios no dice nunca su última palabra.

§ II.—La religión civil.

N.º 1.—El culto del Ser Supremo.

Los hombres de la Revolución no aceptaban el cristianismo sino como una necesidad política; discípulos de la filosofía, eran en su inmensa mayoría enemigos de toda religión revelada. Pero hay en la filosofía del siglo XVIII dos movimientos bien distintos; el uno predica más ó menos francamente el materialismo, y no admite más ley para los hombres que la moral, una moral puramente civil que implica la negación de la religión; el otro conserva la idea de religión, aunque rechazando el cristianismo tradicional. Rousseau era el apóstol de esta tendencia un poco vaga, más sentimental que real. Sentía la necesidad de creencias religiosas, aunque no fuese más que como apoyo de la moral y como fundamento de la sociedad. En su *Contrato social* rechaza el cristianismo evangélico, porque es una religión del otro mundo, que, en su excesivo espiritualismo, desdeña la libertad, y que si no predica la esclavitud, á lo menos se acomoda con el despotismo. Con mayor razón rechaza Rousseau al catolicismo, que además de ese vicio original, es también inconciliable con el Estado, cuya soberanía destruye, reivindicando en beneficio de la Iglesia y de su jefe, el papa, un poder por lo menos indirecto sobre el Estado. Para salvar las creencias esenciales de la humanidad, sin las cuales no veían sociedad posible, el autor del *Contrato social* imaginó hacer de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma leyes civiles á las cuales debían someterse todos los ciudadanos. Hemos apreciado en otra parte esta concepción inconsecuente: en el fondo era la religión natural, transformada en religión del Estado, es decir, un catolicismo, pero incompleto é insuficiente para las necesidades del alma.

Rousseau, republicano y librepensador, encontró numerosos discípulos entre los revolucionarios más ardientes. Robespierre era admirador apasio-

nado del filósofo de Ginebra. Cuando el oleaje ascendente de la Revolución le puso al frente del gobierno, quiso realizar las ideas de su maestro. De ahí el decreto de la Convención que reconoce la existencia de Dios; de ahí la fiesta del Ser Supremo que Robespierre llamaba el más hermoso día de su vida (1). No es este decir que tomase caprichosamente la iniciativa, para comprometer á la Convención en una empresa religiosa que estaba lejos de responder á las aspiraciones de los hombres del 93. El famoso decreto que tanto les gusta ridiculizar á los ortodoxos no era un asunto de teoría, una cuestión de doctrina filosófica. Robespierre fué impulsado á él por las circunstancias. La reacción contra las supersticiones del pasado condujo á las fiestas de la diosa Razón, verdaderas orgías de la incredulidad y del ateísmo. La irreligión degeneró en inmoralidad, y no era ya una inmoralidad especulativa, como en algunos escritores excéntricos del siglo XVIII, era la inmoralidad en carne y hueso, la inmoralidad manchando los templos, cambiados en lugares de libertinaje, la inmoralidad mostrándose en las calles, en donde se paseaban en procesión solemne á las cortesanas representando la diosa Razón. Esta desvergüenza invadió á la Convención, y tenía en su favor la poderosa *Commune* de París, que estaba en posesión de hacer las revoluciones; si se hubiera arraigado en las costumbres, hubiese sido la ruina de la República y la ruina de la Francia.

¿Cómo poner freno á estas pasiones impuras, espuma que arrojaba el torrente de la Revolución? No podía pensarse en restaurar el catolicismo, porque era más odioso que nunca á los revolucionarios; decían que la guerra de la Vendée había hecho estallar la *sanguinaria hipocresía de los curas*. La frase es de un miembro del terrible comité de salvación pública, la de Billaud-Varennes (2). Un orador popular proclamaba por la misma época que *la República y la religión de Cristo eran incompatibles*: "Se combaten perpetuamente, exclamaba. Desterremos, pues, para siempre á esta secta liberticida y á sus peligrosos partidarios," (3). Sin embargo, las almas ávidas de fe sentían un disgus-

(1) MERCIER, *el Nuevo París*, t. 1, p. 49.

(2) Dictamen de BILLAUD-VARENNE á la Convención nacional (BUCHÉZ, *Historia parlamentaria*, t. XXXII, p. 937).

(3) *Discursos decenarios*, por el ciudadano POULTIER, diputado á la Convención nacional (el abate GAUME, *la Revolución*, tomo II, p. 191).